

—Ay, sí, a mí también me encantaba. El rugido del viento, los caballos que galopan y esos árboles que se ven por la ventana, como ahora.

Por la mañana, el antipático timbre del teléfono los despertó del sueño que habían logrado retomar. Tania fue más rápida que su madre, bajó corriendo por la escalera y levantó el auricular. Claire se puso boca arriba en la cama y se frotó los ojos cansados. Ben ya se había marchado sin despedirse, pero en la cama aún se percibía el olor masculino y la huella tibia de su cuerpo. Haciendo caso omiso de los destrozos, se había ido a zigzaguear por las calles bloqueadas en su Audi. Estaba orgulloso de su coche. Era nuevo. De color dorado.

Desde arriba, Claire le gritó a su hija:

—¿Quién es?

Los pies de Tania subieron ligeros por las escaleras. De pronto parecía tener mucha prisa, pero asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—Ah, era Katherine, mamá. Suspendieron las clases. Parece que hay árboles caídos por todas partes. Vamos a encontrarnos.

Katherine: la mejor amiga de Tania. Inseparables desde la escuela primaria. Cuando Katherine comenzó a tocar el violín, Tania también insistió en aprender. Katherine provenía de una familia de músicos, pero desde un principio todos dijeron que era Tania la que mostraba un talento innato. El corazón de Claire parecía explotar cuando veía a las dos niñas caminando juntas con sus uniformes, con la funda del violín meciéndose al compás de sus piernas. Últimamente no se llevaban muy bien, quizás porque la manera de tocar de Tania superaba indiscutiblemente la de su amiga; pero, aun así, Claire estaba segura de que se trataba de una amistad duradera. Se las imaginaba a cada una en la boda de la otra.

Claire bajó y comenzó recoger las cosas del desayuno de su esposo. Necesitaba despabilarse. La señora Hitchens, la

mujer a cuyo hijo ella cuidaba, no había llamado. También ella debía de estar intentando llegar a su trabajo. Claire puso la radio. Desde arriba se oyó un sonido que retumbaba y una voz de mujer llena de melancolía. Reconoció la canción: *River deep, mountain high*.

Le gritó a su hija:

—Tania, baja esa música, estoy tratando de escuchar la radio.

“Los trenes no pueden circular y miles de personas se han quedado sin electricidad...”.

Un muro de sonido poderoso atravesó el techo; puro Phil Spector. Qué curioso que a Tania le gustase con veinte años de retraso. La música iba in crescendo, en tonos graves, con un ritmo que la conmovió de tal manera que no pudo evitar seguir el ritmo con los pies y chasquear los dedos. Apagó la radio y volvió a gritar hacia el piso superior, tratando de competir con el volumen de la música.

—Tania, ¿quieres avena o huevos?

Claire subió la escalera. Tania, en su habitación, movía las caderas de un lado a otro y daba esos saltos estilo punk que hacían los chicos de su generación. De espaldas a ella, se miraba en el espejo.

Claire se puso detrás de su hija. Tras una pausa un tanto escéptica, comenzó a mover las caderas. Levantó los brazos para mover las manos de un lado a otro.

—Se hace así.

Tania se avergonzó:

—¡Ay, mamá!

—No seas mala, yo también fui joven alguna vez.

El sonido cobraba fuerza, se volvía irresistible. Un ritmo que retumbaba y que le era difícil de seguir. Tina Turner emocionaba. Claire levantó las manos por encima de su cabeza haciendo círculos exagerados con las muñecas al estilo de los sesenta y comenzó a mecer las caderas. Hacía mucho que no

bailaba; antes de casarse, antes de que naciera Tania, le había encantado bailar.

Tania se rio y se unió a ella, moviéndose de manera sincronizada con su madre.

El recuerdo es muy fuerte y casi veintisiete años después, Claire Mills lo evoca: Tania, con sus enormes pendientes de cristal de colores y su sombra de ojos azul brillante. La música se ha detenido y ambas se han quedado sin aliento. Tania ha perdido la elegancia de la noche anterior y ha recuperado la torpeza adolescente. Su falda es demasiado corta. Se ha soltado las trenzas y el pelo le ha quedado encrespado. Huele a fijador. Los horarios de la escuela están pegados en su espejo. Claire la echará de menos cuando comience la universidad. Ya falta poco. Solo tres años. En este momento se la ve tan preciosa que Claire la abrazaría hasta dejarla sin respiración. Le dice:

—Mi amor, estás muy bonita.

—Gracias, mamá.

No quiere estropear el momento, pero es preciso educar a los hijos correctamente. Forma parte del amor por ellos.

—¿Sabes...? Esa falda...

Tania arruga la nariz.

—¿Qué le pasa?

Claire le besa la cabeza a su hija.

—Bueno, tal vez es un poquito corta. Tú decides.

Desde abajo llega el olor a quemado.

—¡Oh, por Dios! ¡El pan tostado! —Claire baja corriendo, abre las ventanas y agita el paño de cocina para disipar el humo.

Cinco minutos después, Tania ya está en la puerta de la cocina. Chaqueta de jean, pantalones estrechos, dos collares, lápiz labial anaranjado, la mochila escolar al hombro y la funda del violín en la mano.

—Me voy, mamá.

—No desayunaste.

—No importa, no quiero nada.

Por la ventana de la cocina ve llegar a la señora Hitchens en su Sierra nuevo. ¡Qué raro que quiera ir al trabajo en un día como este! Claire hubiera aprovechado para pasar el día entero con su hija. Pero a pesar de que la escuela está cerrada, Tania prefiere salir de casa. Para ponerse al día con su mejor amiga, estar juntas un rato y escuchar discos.

—Pero tienes que comer, Tania.

Sentada sola en su cama, Claire puede verlo todo como si fuera el presente. La señora Hitchens baja del coche a su hijito y toma el bolso. Tania pasa a su lado, la besa en la mejilla.

—No te preocupes, estaré bien.

Abre la puerta principal, Claire está de pie justo detrás de ella. El lilo que estaba en el jardín de enfrente yace en medio de la calle. Es una pena. Le gustaba ese árbol, especialmente en junio, cuando la calle olía a flores. La señora Hitchens se acerca por el sendero con su pequeño hijo Simon de la mano.

—¿Vas a casa de Katherine, Tania? ¿A qué hora volverás?

Tania le da otro beso.

—No lo sé, cerca de las seis.

Entonces la señora Hitchens le tapa la vista de su hija mientras sale por el sendero y se aleja por la calle.

Y sola en la cama, Claire recuerda *El mago de Oz*: el Profesor Maravilla en su caravana tirada por caballos. Estudia su bola de cristal y convence a Dorothy de que regrese con su tía Em y con Hunk y Hickory y Zeke, y cuando Dorothy corre hacia la tormenta, exclama:

—¡Pobre criatura! Ojalá llegue a su casa a salvo.